

Miguel Serrano Larraz

RÉPLICA

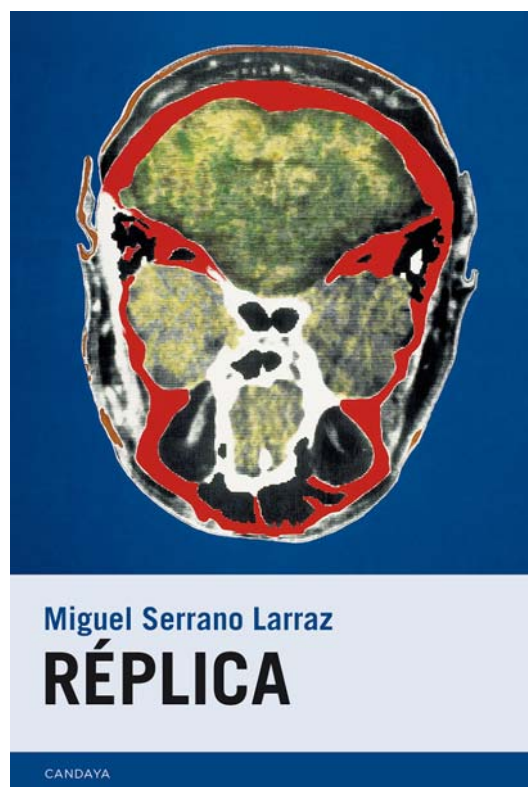
Diseño de la colección: Francesc Fernández
Imagen de cubierta : Nela Ochoa

Candaya Narrativa 45

ISBN: 978-84-15934-40-0
21x14 cm; 192 págs.

PVP: 16€

Cuentos que se incorporan como cicatrices imborrables a todo lector que las merezca.



LA OBRA: RÉPLICA

Los 12 relatos de "Réplica" tienen en común unos personajes perdidos, casi absurdos, que no logran entender el mundo que habitan, un mundo luminoso y terrible al que en ocasiones sólo logramos acercarnos por medio de la ficción. En su conjunto constituyen una indagación sobre la familia, la percepción que los demás tienen de nosotros, la infancia, la identidad sexual y la incapacidad de delimitar con palabras el misterio y la angustia de vivir.

En un futuro remoto y utópico, un estudiante se enfrenta a la tarea de escribir un texto académico sobre las ficciones del pasado. Una de las condiciones del trabajo, acaso la más difícil, es que un lector de comienzos del siglo XXI sea capaz de comprenderlo. El argumento de este relato, «Logos», esconde la clave para entender *Réplica*. En sus páginas aparecen patos de peluche indistinguibles, un padre radiactivo, un joven cuyo parecido con Enrique Bunbury condiciona sus relaciones personales, un autor que escribe una novela cómica que todo el mundo se toma demasiado en serio y muchos otros personajes.

EL AUTOR: MIGUEL SERRANO LARRAZ



Miguel Serrano Larraz (Zaragoza, 1977) estudió Ciencias Físicas y Filología Hispánica.

Ha ejercido oficios diversos: cajero, ilusionista profesional, vendedor de libros, auxiliar administrativo y negro literario. En la actualidad se dedica a la traducción (suyas son, entre otras, las versiones españolas de una biografía de Nick Drake y de un libro que repasa la trayectoria del grupo *Belle and Sebastian*, ambas publicadas por Metropolitan) y, por supuesto, a la escritura.

Se dio a conocer con el libro de relatos *Órbita* (Candaya, 2009), que lo colocó en la primera línea de los escritores de su generación. Es también autor de una novela, *Un breve adelanto de las memorias de Manuel Troyano* (Eclipsados, 2008). Bajo el pseudónimo Ste Arsson escribió la novela paródica *Los hombres que no ataban a las mujeres* (1001 ediciones, 2010).

Sus cuentos han sido incluidos en algunas de las antologías de narrativa breve más importantes de la última década: *El viento dormido; nuevos prosistas de Aragón* (Eclipsados, 2006, edición de Raúl García y Nacho Tajahuerce); *Al final de pasillo* (Comuniter, 2009, edición de Octavio Gómez Millán); *Pequeñas resistencias 5* (Páginas de Espuma, 2010, edición de Andrés Newman); *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (Menoscuarto, 2010, edición de Gemma Pellicer y Fernando Valls) y *Doppëlganger. Ocho relatos sobre el doble* (Jekyll and Jill, 2011).

Ha publicado tres libros de poesía, *Me aburro* (Harakiri, 2006), *La sección rítmica* (Aqua, 2007) (libro al que "La Montaña Rusa Radio Jazz" dedicó semanalmente una sección en la que se recitaban algunos de los poemas del libro, acompañados de lamúsica del intérprete) e *Insultus morbi primus* (Lola Ediciones, 2011).

En 2003 Miguel Serrano fue distinguido con una ayuda a la creación literaria del Instituto de Estudios Turolenses y en 2007, por su obra *Variaciones*, fue merecedor del Primer Premio de Literatura Joven del Gobierno de Aragón. En el año 2013 publica *Autopsia* en Candaya, con la que gana el prestigioso "Premio Estado Crítico" en la categoría mejor novela publicada en España. Su obra ha aparecido en numerosas publicaciones periódicas, *Quimera*, *Turia*, *Heraldo de Aragón*, *Laberintos*, *La Mandrágora* y *Eclipse*, entre otras.

DE LA OBRA DEL AUTOR LA PRENSA HA DICHO:

"La de Miguel Serrano Larraz es una literatura honesta: no es artificiero de fuegos artificiales, sino un relojero a la vieja usanza, un narrador." **Sergio del Molino**.

"Miguel Serrano, heredero de la chupa de Bolaño" **Julio José Ordovás** (*La Vanguardia*).

"Una potencia estilística notable y una audacia conceptual en ocasiones memorable" **Ricardo Menéndez Salmón** (*Número cero*).

"El gran descubrimiento que ha dotado de sentido mis lecturas indómitas de lo que va de año" **Miguel Espigado**, (*Quimera*).

"Aquí hay narrador, y de los grandes, para rato". **Elena Medel** (*Calle 20*).

"Un libro que ha entrado directamente en la mejor tradición del género de relatos en español. Audaces, inteligentes, técnicamente impecables y, sobre todo, conmovedores desde una sensibilidad absolutamente contemporánea. La ternura de Carver en la extravagancia inteligente de Boris Vian a fecha de hoy..." **Agustín Fernández Mallo** (Blog de *El hombre que salió de la tarta*).

"Este libro ofrece y desarrolla nueve buenas ideas, pero yo he disfrutado sobre todo de la poesía con la que las envuelve y les da forma. No ha habido últimamente muchos libros así entre nosotros, así que, por favor, entren en *Órbita* en cuanto puedan." **Juan Marqués** (Artes y Letras. Suplemento cultural de *Heraldo de Aragón*).

"Llamativo debut, éste de Miguel Serrano Larraz (Zaragoza, 1977), que ha compuesto un libro de relatos original, personalísimo (con algunos guiños a Roberto Bolaño y a Manuel Vilas, que prologa el volumen), y con momentos puntuales de notable altura. La maleable forma de abordar cada historia, los toques científicos, la mezcla de nihilismo con sentido del humor y puntual

melancolía, algún párrafo excelente, los finales inesperados e inevitables a la vez, convierten a *Órbita* en un debut interesante, sugerente, con instantes de duda pero también con momentos redondos, como los relatos que abren y cierran el volumen". **Vicente Luis Mora** (*Diario de lecturas*).

"Una escritura inteligentísima, que consigue tejer con naturalidad todos los hilos narrativos." **Óscar Esquivias**.

"El autor de *Órbita* es alguien que cree en la literatura, literatura que se destila en cada una de sus páginas, en cada una de sus líneas. La lectura de estos relatos descubre un trabajo casi de orfebrería. Vemos a un autor cuidadoso con el lenguaje, apegado a sus referentes, entre ellos -desde luego- Bolaño, pero también, y quizás en mayor medida que el autor chileno, Gombrowicz". **Javier Moreno** (Deriva)

"Apócrifo, acomplexado y venenoso" **Antón Castro** (*Heraldo de Aragón*).

"Así es *Autopsia*. Intensa pero reflexiva. Abierta pero con una mirada al interior. Culpabilizadora, pero, a veces, aliviadora. En definitiva, una montaña rusa de 400 páginas" **Daniel Monserrat** (El periódico de Aragón)

"Con esta novela, Serrano demuestra que aquella potencia de los cuentos de *Órbita* es capaz de aguantar con vigor las casi cuatrocientas páginas de este libro y sumergirse con brillantez en cuestiones centrales como la memoria, la culpa, el miedo, la amistad, el éxito y el fracaso." **Miguel Ángel Hernández** (revista Orta Parte)

"Lo mejor de *Autopsia* sigue siendo lo mejor que encontrábamos en *Órbita*: una peculiar visión del mundo expresada con un lenguaje original, que no se parece a nada y que raya en lo poético por lo intuitivo y certero (...) El estilo de Serrano Larraz está tan trabajado, que muchas de las frases del libro podrían extraerse como aforismos" **José María Moraga** (Estado crítico)

"*Autopsia* no es un libro trivial y no lo es porque Miguel Serrano no es un escritor hueco ni frívolo. Escribe desde la necesidad y eso se nota" **Domingo Ródenas** (El Periódico)

UN FRAGMENTO DE RÉPLICA

EL PAYASO

Miguel escribe una novela cómica en la que cree que se burla de su vida de forma despiadada y bajo máscaras diversas (todos los personajes lo representan a él, de una u otra forma). Está convencido de que ha escrito un libro divertidísimo, él mismo se ríe mucho al revisar las pruebas que le envía la editorial. En un momento

de la corrección, cuando llega al capítulo dieciséis, los ojos se le llenan de lágrimas, como si el cerebro, inundado, supurase. Siente que se le cierra la garganta. Tiene ganas de gritar, de revolcarse por el suelo. Por momentos no le queda más remedio que dejar los folios a un lado y respirar, porque tiene la sensación de que podría ahogarse, o vomitar. Se mete en el cuarto de baño y se lava la cara con agua fría. Inspira profundamente y exhala el aire poco a poco, frente al espejo. Le avergüenza que le hagan gracia sus propias bromas, sus juegos de palabras, las situaciones disparatadas que ha elaborado a lo largo de casi dos años, pero no lo puede evitar, y esa vergüenza contribuye en cierto modo a intensificar la risa, que se vuelve espasmódica, culpable, cuando regresa al escritorio. Le duele la mandíbula y el pensamiento le retumba. Se dice, para consolarse, que el autor de aquellos chistes no es él, sino el que fue hace unos meses, y acusa a su mala memoria. Qué tipo más divertido he sido hasta hace bien poco, se dice también, con cierta melancolía irónica con la que disimula los nervios ante la acogida que tendrá su libro (hasta ahora no se ha dado cuenta de que su publicación es inminente, inevitable, de que unos cientos de personas van a leerlo; sospecha que la risa histérica también tiene que ver con esa inminencia, a pesar de la indudable jocosidad de lo que lee, especialmente del capítulo dieciséis). Sin embargo, parece que no todo el mundo comparte su alborozo. A lo largo de la tarde, en varios correos electrónicos (su relación es siempre virtual, jamás habla por teléfono con ninguno de ellos ni los ve en persona, a pesar de que viven en la misma ciudad), sus editores le hacen saber que consideran que ha escrito una novela «valiente», «necesaria» y, sobre todo, «desoladora». Al principio esa interpretación le intriga, pero poco a poco empieza a notar cómo crece dentro de él un sentimiento impreciso que primero identifica con una forma de fragilidad y después con indignación. Repasa los cientos de miles de palabras impresas que se amontonan frente a él y trata de distanciarse de ellas, de leerlas con ojos ajenos, como si él no fuese el que las ha organizado en esa disposición, y no en otra, y le parece imposible que nadie pueda tomarse sus ocurrencias en serio. ¿Desoladora? Desoladora y una mierda. ¿Se trata, acaso, de un doble sentido, de una crítica soterrada a su escritura? ¿Y por qué no le han transmitido sus impresiones hasta ahora, en la última etapa del proceso de edición? Los mensajes de sus editores terminan de cuajo con su risa adolescente. Son los martillazos que lo clavan al suelo, que comprimen la liviandad de la tarde y le dan otra vez peso y consistencia. Aplacado y cohibido, les sigue la corriente, responde con ambigüedad (ya de madrugada), aunque no puede dejar de preguntarse si ellos están valorando el mismo texto que él les envió hace cuatro meses, la misma historia de iniciación de un joven grotesco, egoísta, maleducado, un auténtico gilipollas inmerso en una secuencia intrascendente y voluntariamente

deslavazada de situaciones absurdas en las que siempre toma decisiones erróneas. ¿Es que no han leído la escena del paraguas con el dibujo estampado de unas gambas, la escena del bar del pueblo, el diálogo entre el protagonista y su madre-palillero (él mismo, otra vez) en el aparcamiento de un cine? ¿Cómo pueden no haberse dado cuenta de que son *gags* humorísticos, de que su único objetivo es hacer reír? Antes de dormir, llega a dudar del criterio de esos hermanos que han publicado sus dos libros anteriores, incluso sopesa la posibilidad de buscar otra editorial que entienda mejor sus propósitos, alguien que sea capaz de valorar su irreverente (y trabajado) sentido del humor. Pero es un hombre pusilánime, que disfraza sus temores de integridad, y se inhibe. Se dice que está comprometido, que no puede dar marcha atrás a estas alturas (la novela ya aparece en el boletín en el que la editorial anuncia las novedades para la *rentrée*). Se duerme con la sensación de que debe todo a sus editores, de que la repercusión de su obra a lo largo de los últimos años, por escasa que sea, tiene una deuda inmensa con las personas que apostaron por ella cuando él era aún más desconocido que ahora.

El proceso de publicación no se detiene, y no comunica a nadie sus dudas. Siempre se muestra muy reservado con las cosas que escribe, por una mezcla de modestia audaz y de soberbia contenida. Se recuerda, en la adolescencia, fingiendo que estudiaba en lugar de escribir para que su madre no volviera a pedirle que le enseñara «esas historias tan bonitas que te inventas». Tres días después envía las pruebas con las correcciones por medio de una empresa de mensajería. En la última revisión no ha podido evitar subrayar algunos párrafos con un rotulador naranja y colocar decenas de notas al margen que entiende como aullidos desesperados («ESTO ES LA MONDA»). Al volver a casa escribe un correo electrónico en el que confirma a sus editores el envío de las pruebas y les comunica que ha decidido cambiar el título del libro. Ya no le gusta *La tierra quemada*, prefiere que salga a la luz con otro título, *El payaso*. Cree que el cambio puede servir como declaración de intenciones.

La novela llega a las librerías a comienzos de septiembre y los comentarios no tardan en aparecer. Los primeros lectores (en general amigos y familiares del autor o de los editores, o periodistas interesados en entrevistarle o en escribir acerca del libro en algún medio) sustituyen «valiente» por «suicida», «necesaria» por «actual» («de una actualidad rabiosa»), «desoladora» por «despiadada». Pero el tono, y las conclusiones, son los mismos. El titular de la primera reseña, publicada en una pequeña revista local vinculada con un departamento universitario, pone el dedo en la llaga y fija la tendencia: «La ficción dolorosa». La firma un antiguo compañero de carrera del autor, al que lleva años sin ver (Miguel

se entera de que ahora vive en Logroño, donde da clases en un instituto). Trata de recordar si en algún momento hizo algo a aquel antiguo amigo que pueda haber motivado un intento de venganza. A veces dañamos o humillamos o menospreciamos sin darnos cuenta, se dice. No encuentra nada en su memoria. Intenta recordar también si el antiguo compañero de la facultad de Filosofía y Letras mostró alguna vez alguna señal de tener sentido del humor. La verdad es que le cuesta incluso recordar su rostro. «La ficción dolorosa» abre la puerta a un nuevo concepto: la gravedad... (CONTINÚA)